

hacia un lado, diciéndole con palabras entrecortadas por la fatiga:

— Ahora sí, señor mio, *veni, vidi, vixi!*

Mañana haremos en San Cosme el rapto de las Sabinas: mañana, nuevo Júpiter, me llevaré á mi Europa.

¡Mira no mas! ¡Qué diablo de cosa tan perfectamente insignificante es esto de hacerse uno rico é improvisarse *gente!*

Ya no *respaldaré* ¡oh destino! tus libranzas.....

¡Oh cielo! ¿A cómo las felicidades, «grande con chica,» «una con otra?»

Genios del placer, *pago al contado!*.....

¡Mira, Máximo, mira!

Toma tus pobres papeluchos de billetes de banco.....

No los guardes, mezquino, enciende con ellos la *vieja* de tu puro!

Comerciante, ¡aprende!.....

Pero me das un diablo de hombre mas raro y mas original que yol.....

Mañana mismo, desde bien temprano, tendrás cuidado de montar á caballo é ir á buscarme *casa*.

Que me la ponga Telésforo Salinas, bien puesta. Eugenia no puede ir á una bohardilla.

¿Qué dices? ¿engordaré ahora pronto?

¡Santo Dios..... qué dirá Piedad!.....

Y tú, tú mismo, ¿qué dices de esto, mi buen Máximo?

¡Bah! Si debias de haber comprendido que soy un completo alquimista y que mi porvenir tenia que ser verdaderamente *régio*.

Pero te estoy viendo una catadura medio heteróclita, hijo: tienes una sonrisa digna de Mephystófeles, Máximo!

Jé! jé! Pues habiamos de salir ahora con que eres el demonio, y entonces quedábamos frescos.

Mira, mira estos narigudos de oro.

Son *Caroli*, cada uno vale diez y seis duros, y yo tengo aquí mil.

¿Me entiendes, ó no lo crees?

Es un principio—como quien dice, vale mas algo que nada, y todo es empezar.

Querias crápula, ¿no? un poco de crápula: pues bien, esta noche vamos á ser tú y yo un par de Baltasares endemoniados.

Será mi despedida del mundo, mi último adios á los desórdenes: sí, sin duda, que al amanecer el día de mañana yo seré otro, empezaré á formar mi propia circunspeccion: voy á casarme, y esto requiere formalidad.

¡Pero qué reyes estos tan malditos!

Será preciso aceptarlo todo de ellos.

Pues señor.....

«Acepto definitiva, solemne, resueltamente.»

El lunes empiezo á concurrir á la Secretaría de Estado y del despacho de***

—¿Aceptas?—interrumpió Máximo vivamente.

—Acepto, Máximo, acepto, que esto no tiene remedio.

¡Oh Dánaes..... os bañareis en oro!

Pero en fin, Máximo, ¿qué tienes que no me hablas, que no me felicitas, que no gozas de mi fortuna?.....

—Es que recorro detalle por detalle toda tu felicidad; es que organizo con exactitud y con orden todos los capítulos de esta obra de una noche. Es que anhelo *razonar* en lo posible como un programa toda la suma de nuestros preparativos para que nada falte á las delicias de nuestra noche!.....

¡Oh! el *absyntho!* Antonio, el absyntho, que ya he soñado alguna noche que el mundo te debia la invencion del placer nuevo!

Esa cabeza llena de rosas y de oro, va á ser algo nuevo,

algo maravilloso y algo grande, que se registrará como único ejemplar en los anales de todo lo grande, de todo lo maravilloso y de todo lo nuevo!

Ya teniendo oro puedes permitirte tener amor, un amor de lo antiguo.

Goza con talento, Antonio, á lo Lúculo, á lo Heliogábalo; estudia á Capúa, adivina á Pompeya ahora que puedes. Haz que te sirvan en la mesa á las tres muchachas dentro de un pastel: será una magnífica sorpresa, un placer muy *shic* enteramente digno de los tiempos de Cleopatra.

Recuerda que son incompatibles las diosas de tu imaginación con las crinolinas de la calle de San Bernardo.

Tú eres un hombre muy amante de lo antiguo, un verdadero arqueólogo del corazón.

Se necesita para tí un poco de desnudez, un poco de pulseiras de *agatha*, camafeos, gasas, tulipanes y sandalias.

Un *no sé qué* de épico, de pudor desenvuelto, de inteligencia libre, algo de grande en el placer y de placentero en la grandeza.....

¡Oh! ¡Qué fatalidad que no exista ya la *hetaira* griega!

Cuando una mujer hermosa desnuda con talento su *tobillo*, todos los ángeles del placer, todos los querubines del amor se precipitan á envolverse en nubes, y desde una atmósfera de crespones aplauden gritando:

«¡Bravo!»

¡Ah! No despilfarres *tus bienes* en tonterías.

Fija tu atención en los baños.

Aquí no hay *Thermas romanas*; pero veremos qué se hace para que te proporciones el sublime anacondismo de unos goces dignos del tiempo de Domiciano.

Vamos á gozar, Antonio—concluyó Máximo viendo su reloj—vamos á bordar de arabescos y á matizar de oro y rosas

la tapa negra de esta caja mortuoria que se llama el fastidio. El tiempo pasa, y tienes tu *hoy* asido de los cabellos. ¿Quién deja el placer para mañana?.....

Y diciendo estas palabras, arrastró á Antonio fuera de aquel antro diabólico, y á los pocos instantes se dirigian en una carretela que los esperaba, hácia el suburbio *de por* el «Niño perdido» al lugar que nuestros lectores conocen y supondrán.

CXXI.

Esa misma noche Eugenia se desvelaba.

Aquella adorable muchacha, que debió de haber nacido algunos centenares de años antes de J. C., tuvo que brotar á la vida como una rareza artística, como una joya de tiempos pasados, conservada cuidadosamente por los amantes de la inspiración.

Eugenia se hermoseaba para sí misma, y sin mas objeto por cierto que el de cultivar de una manera casi instintiva la armonía de su propia belleza.

No habia coquetería en aquella mujer, propiamente hablando, sino mas bien, y repitámoslo, un culto, una pasión, una tendencia irresistible á todo lo bello.

Y no era solamente una hermosa y poética urna de cristal. Adentro habia el rico, el exquisito aroma de la belleza moral.

Habia lo que se llama *arte* mil veces, y que nosotros deberemos llamar *naturaleza*; habia pureza de alma, ternura de corazón y una simpática y despreocupada naturalidad que llamaremos clásica.

Estudiando imparcial y detenidamente á Eugenia, era necesario creer una de dos cosas:

O que habia nacido demasiado tarde, ó que aun no debió de haber nacido.

Antonio, paciente *amador* de las flores mas bellas y mas raras, habia hallado aquella flor como un ejemplar único, y para apresurarse á cortarla esperaba á convencerse de que no era un sueño.

— «Es una sublime imposibilidad para mí,» — solia decir suspirando.

— «Yo quisiera hacer de esta *criatura* un alma á mi imagen y semejanza,» — habia dicho ella.

Antonio no podia resolverse á creer que Eugenia *fuese cierto*, como nadie creerá en que *fué cierto* Diana ó Vénus.

La veia como el agrupamiento, como la condensacion de sus mas risueñas y quiméricas teorías sobre la belleza física y sobre la belleza moral.

Viajero perpetuo por el campo de sus propios pensamientos, habia hallado mil ocasiones en su camino ruinas y desolacion, y ahora, entre los elegantes *áticos*, los *capiteles* truncados y las esbeltas y desplomadas columnas de sus escombros *pompeyanos*, habia hallado á Eugenia, ejemplar único, pero ideal y asombrosamente encantador, de la beldad antigua, y no sabia qué hacerse con aquel tesoro.

Si los encantos de Eugenia hubiesen sido modelados en mármol muchos años antes de que la descubriese Antonio, hubiera pertenecido á algun inglés temático y loco, bajo la denominacion de una *Médicis* ó una *Gnido*.

Esa noche la jóven estaba preocupada y pensativa.

Sus pensamientos, sin embargo, y su preocupacion, no la impedian sonreir como sonreia Eugenia siempre que se sentia atacada de esa dulce enfermedad, de esa hipertrofia del alma que se llama ternura.

En la sonrisa de Eugenia habia no sé qué expresion le-

vemente doliente; pero era casta, espiritual, suave, inexplicable.

La boca sonriente de Eugenia remedaba los indescriptibles estremecimientos del mirto que recibe á solas y furtivamente los besos del céfiro.....

Los hechiceros ojos de la muchacha se clavaban con una melancolía infinita sobre el mármol de su *tocador*, en donde estaban abiertas unas cartas.

Eugenia descansaba en un gran sillón completamente tapizado de tela *gris*, y colocado cerca del lecho blanco y misterioso de la jóven.

El candil ardia intensamente debajo de una bomba de cristal *mate*, adornada con una zona de rosas *volubilis* y *myosotis*.

Parecia aquello un sol acabado de nublarse tras el tenue velo de una rosada nube.

Aquella mujer pensaba en Antonio de la misma manera que Eva hubiera pensado en Adán.

Abstractamente, y sin considerarle mas que á él mismo, sin pensar en exigencias sociales ni en relaciones ajenas al corazon.

Todas las mujeres dicen muy á menudo que anhelan hallar un sér que las comprenda.

Eugenia lo sentia sin decirlo.

De buena fé y con una expresion infinitamente tierna y acariciadora, llamaba á Antonio — «la pobre criatura.»

Y no obstante llamar así á su amante, le enaltecia en lugar de humillarle.

Porque comprendia que aquella «pobre criatura» era nada menos que un hombre con toda su nobleza y con toda su fuerza; pero un hombre que necesitaba ser un poco mas atendido por el ojo miope del mundo.

Y queria ella forzar al mundo, á este viejo prostituido, á

que fuera mejor con Antonio, con su pobre amante, hacía quien sentía Eugenia un cariño tan puro y tan grande, que hubiera anhelado más bien tenerle guardado dentro de su corazón que dentro del mundo. ¿A qué venía, pues, aquella carta tan humildemente impertinente, en que le pedía amor con el mismo tono que el que hubiera empleado un mendigo para pedirle limosna? Pues qué, ¿era Antonio tan bajo en sus sentimientos que tendría ella que subirle de la mano hasta ennoblecerle con el sagrado fuego de su corazón?

¿No sentía acaso él como ella, y aquel desgraciado había tocado ya la abyección?

El amor engrandece y purifica, y era preciso que Antonio fuese grande y fuese bueno por ella.

— «Y le quiero bien,» — murmuraba la joven, experimentando al proferir tales palabras, algo en su corazón muy semejante á una caricia.

Hubiera tomado á Antonio como si fuera de barro, y los purpúreos labios de aquella hechicera *creadora* hubieran arrojado sobre el *manequí* de polvo el soplo del paraíso y la expresión del ser:

Faciamus ad hominem, etc.

Entonces Antonio hubiera sido por Eugenia, y Eugenia hubiera sido para Antonio.

¡Ah! ¡Cuántas veces bastaría un suspiro para abrir las puertas del cielo, y el hombre imbecil, sin saberlo, se arrastra por los lóbregos intestinos de la tierra y por entre las más densas tinieblas sociales, buscando el oro con que pretende altanero comprar lo que se le da!.....

Era muy tarde; pero Eugenia no contaba las horas.

Hacia algunos días que la joven había paralizado la vida de su reloj, y esa noche no tenía sueño.

Puede decirse que velaba á un enfermo.

Bajo los ámbitos muellemente iluminados con aquella especie de ondas perladas de aquel *amanecer* artificial que inundaba la recámara, Eugenia se había dicho:

— «Esperemos.»

Y tuvo realmente algo que esperar.

Uno de los billetes que estaban abiertos sobre el mármol del tocador, le había sido entregado á deshora casi de la noche.

Aquel billete contenía nada más estas líneas:

«Eugenia:

«No puedo vivir más tiempo en el infierno de la incertidumbre. Oígame vd. al amanecer. Me acercaré á la ventana, y sabré definitivamente si me *salva* vd. ó me abandona.

«A***»

Otro de los billetes había venido poco después de que Piedad se ausentara de su lado, y decía:

«Señora:

«Si quiere vd. comprender cuál es el valor y cuáles las virtudes del hombre á quien ama, concurra vd. ó haga concurrir á alguna persona á.....etc.»

Y se indicaban en seguida *las señas* perfectamente detalladas del salón del «Niño Perdido.....»

Eugenia había vacilado algunos instantes; pero después se había sentado á la mesa y había escrito á una de sus amigas diciéndole que la esperaba en la noche para que la acompañase á una diversión.

Era demasiado conocido el carácter excéntrico de la joven, y su amiga fué.

Eugenia había pedido un carruaje por toda la noche.

Esperaba.

Hay algo de semejante á una vida que se extingue ó á un amigo que se va, en un reloj que se para.

La oscilación y el *tic tac* de un péndulo producen la ilusión

de que álguien está allí oculto y que acompaña al solitario.

El reloj se pára y el solitario se estreñece.

Eugenia se abismaba en horas, esas horas muertas, calladas y anónimas de una noche sin rumores y sin luz.

La falta de medida para el tiempo es su oscuridad, y cuando oímos los segundos que palpitan, nos adherimos á ellos como quien cae en un lóbrego precipicio y se ase de los mas leves detalles de la roca.

Aquel billete anónimo habia causado á Eugenia extrañeza, despertando en su corazon una siniestra ansiedad.

— «¡El hombre á quien amo!»— se repétia, ofendida de ver que habia sido sorprendido un secreto de su corazon. — «¿Y quién puede saber que yo amo á un hombre y quién pueda ser él?»

Y en esta carta, ¿se me llama á recibir un desengaño, ó se me va á hacer patente una prueba?..... ¿Procederá de Antonio este billete, ó un enemigo suyo pretende perderle, ó un amigo mio pretende salvarme?.....

¡Oh! Pero de todas maneras, el anónimo me repugna; por regla general solo sirve para embozar un crimen.

É iré, sin embargo, á esta cita singular.

¡Ah, Dios mio! Si Antonio fuera malo, si su corazon estuviera ya contagiado con el hálito venenoso de la perversidad, yo no me atreveria sin embargo á odiarle ni á despreciarle; pero si fuese injusto con mis sentimientos, si no supiese comprender mi cariño, entonces le amaria, no obstante, pero le amaria, y para siempre, sin volver á verle sin que mis labios volvieran á pronunciar jamas su nombre.

¡Oh! Máximo ¿Qué clase de hombre será por fin éste Máximo, á quien nunca he llegado á comprender?.....

Y la preocupacion de Eugenia al pensar solamente lo que nosotros escribimos, llegó á su colmo.

Poco tiempo antes de la noche á que nos referimos, Piedad habia recibido igualmente un anónimo semejante al que Eugenia acababa recibir y que tales efectos le estaba produciendo.

En aquel se acusaba á nuestro jóven de profanar en inmundos garitos el immaculado nombre y la buena reputacion de la ex-novia de Antonio, y se la citaba igualmente para que en la noche concurrese á recibir la prueba de lo que allí se le decia.

No habia concurrido Piedad; pero el escribiente de D. Martín pudo, á corta distancia del salon del Niño perdido, observar los dos episodios que sucesivamente tuvieron lugar entre Antonio y Chucha.

Esas noches habia sido violento é indiscreto como lo era siempre.

El buen hombre que le acechaba habia tenido que retirarse horrorizado la primera noche.

La segunda fué á su vez víctima de los encantos de la jóven ramera, y ya se recordará que Antonio al salir habia llamado al conductor de un carruaje que se alejaba, y que aquel no habia tenido mas que esta contestacion:

— ¡Lleva carga!.....

Piedad desde entonces habia considerado á Antonio como un cadáver en el cual empiezan á notarse los primeros indicios de la corrupcion.

Combatia enérgicamente todos los recuerdos de su antiguo amante, y le era molesto hasta tener que combatirlos.

— Es un miserable muy puerco, decia.

No merece mas que el desprecio.

Si Eugenia hubiera sabido lo que sabia Piedad, hubiera dicho indudablemente:

— ¡Ay!..... Si él puede perderse, yo puedo salvarle, y merece por esto todo mi amor!

Lo bello no muere jamas, y el alma de Eugenia era tan bella como grande.

Eugenia pudo haber tenido por autor á Phydias.

Grecia hubiera eternizado de ella en sus mármoles algo mas que las manos de hada y los piés de ninfa de la muchacha.

CXXII.

La amiga de Eugenia llegó perfectamente engalanada de crespones, flores y diamantes.

A poco rato llegó tambien el carruaje, y nuestra hermosa solitaria para salir se limitó á colocar sobre sus hombros una de esas maravillosas transparencias con que las jóvenes pretenden cubrirse.

Un criado armado se colocó en el pescante junto del cochero.....

El carruaje partió á los pocos instantes.....

CXXIII.

A la misma hora, Piedad abría temblando un nuevo billete que pusiera en sus manos una de las criadas á quien lo dejó el portador.

Decia así:

«Esta noche y á esta hora, Antonio y Eugenia se verán en una casa infame.

«Pasa algo terrible que yo habia previsto y á lo cual no habia podido dar crédito.

«La delicadeza y la fuerza de los deberes que la amistad impone, me han hecho una víctima muchos años.

«Hoy todo me lo permito, pues que puedo justificarme todo.

«¿Puedo permitirme esto? ¡Oh! Yo juro á vd., Piedad, que estoy temblando, y que el tribunal mas severo á que me he presentado es el de mi propio corazon, herido de muerte, agonizante hace muchos años.

«¿Qué desgraciada condicion sujeta al ángel á ser el guardian del demonio?

«Oh! Piedad! En vano despliega vd. sus alas para arrojar una bienhadada sombra, una sombra abrigadora sobre una frente criminal, tanto mas criminal, cuanto que en esa frente solo ha podido vd. leer un mentiroso talento, una vil parodia de la idea y del espíritu.

«Yo amo á vd., Piedad, hace muchos años, en silencio, sin esperanza, como quien ama á un imposible.

«He guardado mi amor en el secreto del corazon, he querido ser noble, grande y reservado; ningun premio puedo prometerme mas que este:

«¡Sálvese vd!.....»

Y al pié de aquella carta estaba este nombre:

«Máximo.»

La jóven llevó las manos á la frente en ademán de extraordinaria sorpresa, y casi á gritos dijo:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Me vuelvo loca!.....

CXXIV.

Eugenia, al partir, habia dicho á sus criadas que regresaria poco antes de que amaneciese, y mandó que la ventana de su recámara quedase abierta toda la noche.